



Revista de Estudios Sociales

05 | 2000
Fin de Siglo

Cuerpos en tensión

Ángela María Estrada Mesa y Carlos Iván García Suárez



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/30251>
ISSN: 1900-5180

Editor

Universidad de los Andes

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 enero 2000
Paginación: 93-99
ISSN: 0123-885X

Referencia electrónica

Ángela María Estrada Mesa y Carlos Iván García Suárez, « Cuerpos en tensión », *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 05 | 2000, Publicado el 22 febrero 2019, consultado el 23 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/revestudsoc/30251>



Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

Cuerpos en tensión

Ángela María Estrada
Mesa* Carlos Iván
García Suárez**

En un campo como el de los géneros, las sexualidades y las subjetividades, caracterizado como pocos por la incertidumbre, los autores le apuestan a construir una trama interpretativa de los acontecimientos que se palpan en la sociedad colombiana y de los abortamientos teóricos, para aprehender el juego de tensiones al que los cuerpos femeninos y masculinos están sometidos entre las permanencias de los cánones sociales y los tránsitos que se avizoran.

La pluralidad

El cambio de milenio siembra en la cultura la idea de una transición inevitable, de que algo se está horadando, quizás rompiendo, para dar paso a algo totalmente nuevo. Y si bien cada cual podría voltear la mirada hacia su propio cuerpo como sustrato fundamental de la subjetividad, o hacia los de otros, para señalar que las identidades, los géneros y los propios cuerpos están cambiando, a continuación es necesario relativizar esa perspectiva evolucionista y plantear al cuerpo como escenario de un juego de tensiones entre continuidades y discontinuidades, entre los atisbos de un yo no escindido entre lo público y lo privado, y los patrones culturales altamente demandantes de un determinado relacionamiento intra e intergéneros.

La idea es más compleja si, mirando al país, se hace evidente que no se puede hablar en una especie de presente eterno: mucho va de los modelos femeninos y masculinos de la Colonia a los de la cultura mestiza ya mayoritaria en el siglo XIX, y mucho de la generación de la Violencia a la del Frente Nacional, o a las de las décadas posteriores, para sólo citar dos ejemplos. Tampoco se puede nombrar una feminidad o una masculinidad prototípicas de la Nación. No es igual un hombre de Quibdó que uno de Ipiales o de Bogotá, como no es igual una mujer de Barrancabermeja que una de Tumaco o una de Medellín. Y ni siquiera al interior de

* Psicóloga, Maestra en Investigación y Tecnología Educativas, Candidata a Doctorado en Filosofía, docente del Departamento de Psicología de la Universidad de Los Andes y directora de la línea de Género y Cultura del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central (DIUC).

** Periodista y Licenciado en Filología e Idiomas, docente del Centro de Periodismo de la Universidad de Los Andes (Ceper) e investigador de la línea de Género y Cultura del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central (DIUC).

cada región hay una completa homogeneidad: la edad, la etnia, los niveles educativos y, desde luego, la clase social, se convierten en tamices reguladores del cuerpo.

Las tecnologías y el poder

En medio de dicha diversidad pervive, no obstante, una idea esencialista: la creencia en que la estructura anatómo-biológica particular de cada sexo configura un determinante de la identidad que no es permeable ni por la historia ni por la cultura. El cuerpo, en tal sentido, conformaría el fondo opaco e impenetrable, constante de las identidades sexuales.

Indagaciones recientes¹ resaltan que todo el conocimiento, incluyendo el biológico, es socialmente producido y refleja los supuestos prevalecientes acerca de la corporización y la subjetividad sanas. Siguiendo a autores como Foucault y Butler² se podría afirmar que entre *sexo* y *género* no existe ninguna diferencia, ya que la subjetividad generizada no es nada diferente de una materialidad informada históricamente, o incardinación de unos discursos que han adquirido legitimidad histórica dentro de complejas relaciones de poder.

La de Foucault no es una teoría para estar en favor o en contra del poder. Se dirige, más bien, al nivel material de operación del poder, para señalar que en el análisis antinómico de los poderosos y los sin poder, se ha enfocado -tal como lo hizo tradicionalmente el marxismo-, el nivel estructural e ideológico de la configuración del poder. En esa perspectiva hace falta enfocar la mirada en los minuciosos mecanismos de poder cotidianos. Tales mecanismos logran configurar modos de cuerpo; en otras palabras, el género es el juego de poder mediante el cual nuestra materialidad se hace cuerpo en la medida en que es penetrada por alguno de los discursos legitimados dentro de las matrices de sexualidad, también legitimadas para cada tiempo y contexto social específicos.

Las tecnologías de poder y las tecnologías del yo interactúan en la producción de subjetividades; a través de las primeras se determina la conducta de los sujetos, se los somete a ciertos fines y, por tanto, se ejerce sobre ellos algún modo de dominación, objetivándolos. Las segundas permiten a los individuos efectuar por cuenta

1 Alan Petersen, *Unmasking the Masculine. 'Men and Identity' in a Sceptical Age*, Londres, Sage Publications, 1998; Martin Terre Blanche Kum-Kum Bhavani & Derek Hook (Eds), *Body Politics. Power, Knowledge & the Body in the Social Sciences*, Johannesburg, Histories of the Present Press, 1999.

2 Judith Butler, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, Routledge, 1990.

propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismo con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad³. Desde otro punto de vista es posible afirmar que la identidad subjetiva -en sus dimensiones personal y social-, es el producto de la elaboración de relatos en primera persona (sobre sí mismo), que las personas articulamos a la manera de proyectos de identidad⁴ en el contexto de narrativas comunitarias. Tales relatos terminan validándose en la práctica, actuamos el relato haciéndolo real por sus consecuencias: profecía auto-cumplida. Puede decirse que tales relatos adquieren validez o niveles de realidad en la medida en que se hacen cuerpo. La línea de argumentación anterior es la que ha posibilitado a la psicología social contemporánea proponer la narración como metáfora de lo psíquico.

Mientras que tecnologías como juegos de poder serían universales, los mecanismos serían específicos de distintas épocas y contextos. En efecto, a manera de ejemplo, mientras que los mecanismos más usados en el período grecorromano en el ejercicio de las tecnologías del yo fueron la meditación, la gimnasia y el diálogo en el contexto de una relación pedagógica amorosa, en el período cristiano, de cuño estoico, la escucha y la renuncia al propio deseo del sujeto fueron los principales mecanismos de la tecnología del yo. Como se ve, históricamente apareció un cierto modo de hermenéutica del yo que enseña a buscar los pensamientos ocultos (que en alguna forma nos alejan de Dios).

En el tránsito de la antigüedad al medioevo se operó una transformación radical de la noción de ética: mientras que durante la primera, el examen de sí mismo tenía como objetivo establecer qué ideales éticos todavía no se habían realizado o alcanzado, en el examen de conciencia cristiano se realizaba un ejercicio de memoria, de memorizar los preceptos, para lo cual se renunciaba a todo aquello que les fuera contrario⁵.

Aunque la existencia de unas redes de biopoder por las cuales los discursos penetran la densidad material de los cuerpos sin que este proceso esté mediado por su internalización consciente, podría hacer pensar que

nuestras identidades configuran contingencias determinadas enteramente por los dispositivos de poder, lo cierto es que la acción del sujeto sobre sí mismo es determinante en el agenciamiento de una identidad determinada.

Lo anterior nos conduce a la necesidad de reconstruir las circunstancias materiales concretas de la producción de la subjetividad, partir de los efectos en los cuerpos de los regímenes disciplinarios y los discursos sobre la sexualidad dentro de los cuales se han construido las identidades de género. Establecer la dinámica de reproducción y resistencia dentro de la cual un cierto discurso se hace cuerpo, configurando un sí mismo o sí misma particulares y generizados, o aquellos mediante los cuales elegimos y/o transformamos una narrativa particular dentro del conjunto de las disponibles.

En el contexto de la matriz heterosexual que ha configurado un dispositivo hegemónico de poder para la construcción de las identidades de género, o mejor de los cuerpos generizados, se ha prescrito la pasivización y apropiación del deseo femenino, así como sobre los distintos modos de masculinización de la sexualidad, articulados al logro y a la demostración.

Cada momento histórico social, cuenta con un conjunto de diversas narrativas sobre el sí mismo, las cuales en alguna medida se encuentran determinadas por la clase social, la división social del trabajo y las regiones culturales, siendo específicas para cada uno de los géneros definidos. Tales narrativas desarrollan y legitiman la matriz de género adoptada por cada época como dispositivo de poder, o como dirá Foucault⁶, serán ellas en cuanto tales algunas de las tecnologías del yo disponibles para garantizar la consolidación de los géneros prescritos.

Las narrativas colombianas

La conquista y la evangelización subsiguiente inscribieron en el cuerpo de los nacionales la visión castigadora del placer de la moral judeocristiana y, desde los pulpitos, se aprendió a verlo como una especie de prisión del alma: escenario de una batalla encarnizada entre el bien y el mal, en el que era indispensable someter las pasiones, primordialmente las "bajas", para aspirar al estado de gracia.

Esa visión, reguladora esencial de las relaciones sociales, debió empezar a compartir su espacio a finales del siglo XIX y comienzos del XX, con otras narrativas

3 Michel Foucault, "Tecnologías del yo", en *Tecnologías de/ yo otros textos afines*, Barcelona, Paidós, 1995 [1988], pág. 48.

4 Rom Harré & Grant Gillet, *The Discursive Mind*, EEUU., Sage Publications Inc., 1994.

5 Michel Foucault, "El cultivo de sí", en *Historia de la sexualidad 3 - La inquietud de sí*, México, DF, Siglo XXI, 1987 [1984].

1 Michel Foucault *Tecnologías del yo...*

.. emanadas de la preocupación por adecuar los cuerpos al contexto del surgimiento y consolidación de las ciudades y de los visos de la industrialización: la urbanidad, la higiene y la pedagogía.

Tales narrativas no fueron la expresión de una construcción simbólica compartida de modernidad, sino quizás constituyeron precisamente sus primeros rudimentos, bajo la idea de que la modernidad tiene como rasgo central la reflexividad del sujeto, la cual necesariamente incorpora al cuerpo. En ese sentido, Pedraza⁷ sostiene que el psiquiatra Miguel Ángel Jiménez López inauguró oficialmente la modernidad en Colombia en agosto de 1916, en su lección inaugural de la cátedra de Psiquiatría en la Facultad de Medicina de Bogotá, pues expresó allí la idea básica de la "degeneración de la raza colombiana y el papel que le cabía a las ciencias en la lucha contra ese flagelo que se interponía al desarrollo del país", el cual constituyó el centro del debate eugenésico que se realizó en el Teatro Municipal de Bogotá en 1920. Este tema, que capturó la atención de científicos y políticos durante varias décadas, derivó en un impulso fundamental al higienismo, el cual, por otro lado, coincidió temporalmente con las ideas renovadoras de la pedagogía activa, bajo la idea de un cultivo del cuerpo, implementada por Agustín Nieto Caballero en el Gimnasio Moderno, fundado en 1914⁸.

Con todo, las nuevas narrativas no significaron el derrumbamiento de la perspectiva ya creada por el dogma católico de considerar al cuerpo como continente y no como contenido; un continente que era necesario depurar, asear, vigilar para que emergiera sano, virtuoso y moderno, un sujeto nacional. Se puede decir que su aporte consiste, más bien, en la constitución de una moral civil allí donde antes sólo imperaba la moral religiosa.

El debilitamiento de esta percepción podría situarse en Colombia más tarde, entonces, con los cambios generacionales que ocurrieron en los movimientos de contracultura de los años setenta. Tales cambios comprometieron no sólo la esfera del sí mismo (principalmente en cuanto a la concepción de lo

De allí en adelante todo parece haberse desenvuelto muy rápidamente no sólo desde el punto de vista apariential: el pelo largo en los hombres, el bikini, la minifalda, sino desde un cambio más complejo en las interacciones: el "amor libre" hippie, las provocaciones nadaístas, la expansión de la píldora, la visibilización de la homosexualidad, la fertilización *in Vitro* y la irrupción del SIDA.

En los años noventa, entre tanto, el cuerpo comienza a consolidarse como escenario de libertades y derechos reconocidos en el ámbito de la norma, en lo cual el influjo de la Constitución de 1991 resulta fundamental. La tutela a derechos como el libre desarrollo de la personalidad, la autonomía, la imagen y el buen nombre; la ley de compañeros permanentes; el surgimiento de un proyecto de Educación Sexual como política de Estado, con todas las críticas que se le pueden hacer; y una ya abundante jurisprudencia de la Corte Constitucional que proclama la no discriminación de la condición homosexual, son una demostración fehaciente de ello.

Las permanencias

Entre nosotros, en una cultura principalmente secularizada, que a lo sumo logra unos modelos de representación caracterizados por el sincretismo entre lo religioso, lo mágico y lo popular (expresado por ejemplo en el cine de oeste y/o ranchero mexicano), cuando no con la influencia de los modelos internacionales producto de la globalización del consumo cultural (caracterizados por un culto al cuerpo), los dispositivos de poder vigentes logran unos altísimos rendimientos en la regulación del cuerpo y sus placeres y ;modos de subjetividad que posibilitan.

Lo masculino y lo femenino encuentran su principal núcleo de permanencia en la institución matrimonial y familiar. Su valor instituyente consiste precisamente en convocar el desarrollo de unas sensibilidades acordes con los roles por ella prescritos y sancionar desde la culpa

7 Zandra Pedraza, "El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia" en *Revista de Antropología y Arqueología* 9 (1-2), Bogotá, Universidad de Los Andes, 1996-1997, Págs. 116-117.

8 Javier Sáenz, Óscar Saldarriaga & Armando Ospina, "Economía, biología y sociedad, Institucionalización de la pedagogía activa, 1903-1930", en *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*, Vol. 2, Bogotá, Colciencias, Ed. Foro Nacional por Colombia, Ed. Uniandes y Ed. Universidad de Antioquia/Clío, Págs. 43-131.

9 Fabio López de La Roche, "Transiciones de cultura política en el siglo XX", en Cárdenas, Miguel Eduardo (coord.), *Modernidad y sociedad política en Colombia*, Santa fe de Bogotá, Fescol, 1993, Págs. 95-162.

cualquier trasgresión al orden establecido.

Para los varones, la masculinidad se pauta desde la desincardinación del sujeto. En efecto, con resonancia en los grandes sistemas filosóficos racionalistas de la modernidad: la actividad del sujeto racional, considerada como la actividad humana por excelencia, tiene lugar en un espacio lógico ordenado por las leyes del pensamiento, donde el cuerpo, el cerebro, es apenas vestíbulo o escenario¹⁰.

El modelo del *vaquero del oeste*, tal como lo aborda Tania Modleski¹¹, caracteriza al héroe por su negación del cuerpo y una sexualidad misógina: la mayoría de ellos tuvieron alguna vez una esposa, pero descubrieron que éstas generaban muchos problemas. Los vaqueros convencionales siempre están solos y son totalmente marginalizados; carecen de vínculos reales ya que por algún motivo inexplicable dieron la vuelta y abandonaron sus hogares. Sus pocas relaciones son de carácter homoerótico, lo cual determina una sexualidad ambigua.

La propuesta del psicoanálisis sobre la construcción de la masculinidad, tal como lo deja ver Isaac Balbus¹², está mediada por la ruptura del niño con los vínculos fundamentales con la madre y particularmente con el cuerpo de la madre como proveedor de satisfacción: recoge del psicoanálisis feminista una explicación profunda del desprecio por lo femenino (tanto en el modo de la desfeminización de la propia virilidad como en la consecuente misoginia), proponiendo éste como el núcleo desde el cual se reproduce y perpetúa el patriarcado.

Aparece como constante contemporánea el abandono del cuerpo en la construcción de la identidad masculina, su desincardinación, lo cual conduce a la representación ambigua de la propia sexualidad: el logro y la demostración, hacen que lo importante sea engendrar hijos, "**preñar a la mujer**", al igual que dar protección y sustento¹³. No obstante, la sexualidad es un objeto potencialmente representable como fuerza biológica incontrolable. Incluso, autores como Sócrates Nolasco¹⁴ han llegado a plantear que los hombres se

relacionan con su pene como con un otro con relativa autonomía, y en algunos casos como el "amigo infiel". La sexualidad masculina es representada como una fuerza biológica incontrolable que se impone al sujeto masculino, mientras que la sexualidad femenina es protegida de tal amenaza mediante la aplicación de dispositivos que conducen tanto a la apropiación de su eroticidad, pasivizándola, como asignándole históricamente la función de sostener y detentar la virtud¹⁵.

Quizás el caso del hombre popular latinoamericano (siendo esto seguramente una sobregeneralización) sea un caso particular, ya que como lo muestra Norma Fuller¹⁶, el núcleo de su identidad está en el ser hijo, en el ser menor de edad. Este modo de la identidad se posibilita dadas las limitaciones para realizar los requerimientos morales de la virilidad: su posibilidad de dar protección y proveer sustento se encuentran francamente comprometidas, haciendo inviable la realización de una masculinidad plena según los modelos culturales vigentes.

La institución familiar y social prescribe de manera muy precisa los modelos de feminidad que se posibilitan. En efecto, la mujer adulta es ante todo madre, lugar de poder pírrico ganado en tenaz lucha cuyo reconocimiento se alcanza al final de la vida, cuando se logra el posicionamiento como centro de hogar, centro aglutinador de la familia extensa. La maternidad parece reñir con el ejercicio de la subjetividad, principalmente erótica¹⁷; en la institución matrimonial, tiene lugar una apropiación de la eroticidad femenina, apropiación que en muchos ámbitos sociales mantiene la forma de violencia cotidiana, en la forma de servicio sexual como parte de un contrato no escrito¹⁸.

La sexualidad en el contexto de la institución matrimonial, mantiene, en la mayoría de los casos, sus estrategias de usurpación del erotismo femenino, y su patrón funcional-instrumental del masculino. Impone una lógica aritmética -un modelo de tensión y descarga-, que excluye de otras lógicas geométricas, las líneas de fuga de los pequeños erotismos, mediante la patologización de

10 Ángela María Estrada, "La refundación de la política. Las contribuciones del feminismo y las teorías de género", en Revista Foro, No. 31, mayo 1997, Págs. 80-86.

11 Tania Modleski, "A Woman's Gotta Do... What a Man's Gotta Do? Cross-Dressing in Western", en Signs, vol. 22, No. 3,1, primavera 1997, Págs. 519-544.

12 Isaac Balbus, "Foucault y el poder del discurso feminista", en Benhabib, Seyla & Oracitla Cornella, *Teoría feminista y teoría crítica*, Valencia, Edicions Alfons El Magnanim, 1990.

13 D.D. Gilmore, *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós, 1990.

14 Sócrates Nolasco, *O mito da masculinidade*, Río de Janeiro, Rocco, 1993.

15 John Tyerman Williams, "Bearers of Spiritual Values", en *The Psychologist*, vol. 4, No.1, enero de 1991.

16 Norma Fuller, "En torno-a la polaridad marianismo - machismo", en Luz Gabriela Arango, Magdalena León & Mara Viveros (comp.), *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Santa fe de Bogotá, Tercer Mundo, Uniandes, UN Facultad de Ciencias Humanas, 1995.

17 Ana María Fernández, *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Buenos Aires, Paidós, 1993.

18 Carol Pateman, *El contrato sexual*, Madrid, Anthropos, 1995.

los marginales¹⁹.

La institución familiar excluye la diferencia como amenaza errante. La sexualidad humana se pauta sobre una episteme de lo mismo, en la cual el falocentrismo lo invade todo, haciendo de la sexualidad un campo de batalla en el cual se ejerce la peor de las violencias: la negación, la invisibilización de la diferencia, de lo otro no fálico, de lo perverso y polimorfo. El reto parece estar en el abandono de la modernidad en la cual todavía hay espacio para que cualquier alternativa de marginalidad busque tomar por asalto el centro, autopresentándose como la nueva vanguardia: pasar de una excepción a otra para que nada domine sobre nada.

Los jóvenes como sujetos de cambio

Anteriormente habíamos caracterizado la actual década como el tiempo de una cierta liberación normativa y autonomización de los cuerpos colombianos, pero reiteramos: en la norma, lo cual quiere evidenciar que los ritmos sociales del cambio no son los mismos y que los discursos suelen cambiar más rápidamente que las prácticas. En ese sentido bien vale la pena preguntarse cuánto cambian en verdad los cánones dominantes por efecto de la acción de los jóvenes, de los que siempre portamos la idea de ser enunciadores del cambio. Dentro de la tendencia contemporánea de juvenalización de la cultura se ha llegado a considerar que la juventud se funde con las nociones de novedad y de rebeldía, en la capacidad de transgredir las normas instituidas, pero esto es relativo o por lo menos depende mucho de condicionamientos de clase y de conexión con los circuitos internacionales del mercado, particularmente del estético.

A partir de elementos como las camisas anchas para mujeres, del arete para los hombres, del pelo corto en ellas, del pelo largo en ellos, muchos concordarían, por ejemplo, en señalar una androginia creciente en las indumentarias juveniles, pero a continuación es necesario reparar en si lo que se presenta no es una cierta deslexicalización de los objetos, incluso de los cuerpos. En cuanto el arete, no sobra decirlo, no tiene sexo en sí mismo, sino que ha sido generizado culturalmente y su uso entre los varones no necesariamente representa una defensa de lo femenino, sino que podría portar el

significado de la rebeldía ante las viejas generaciones o constituirse en marca distintiva de un grupo de pares. Un artefacto "femenino" puede acompañar la acción en sociedad de un joven extremadamente reaccionario desde el punto de vista del machismo.

De otro lado, una androginia más total, en el sentido de no radicar en accesorios específicos, sino de constituir imágenes corporales más totales, parece ser más una construcción icónica para portadas de revistas en concordancia con modelos estéticos reservados para jóvenes de clases medias y altas de las ciudades frías o templadas del interior: aquellos que se han aventurado al plástico, a la licra y al cuero, al café y al negro, a los zapatos y botas de plataforma y de punta ancha, al tecno y al trance: la minoría dentro de los jóvenes colombianos. Cabe preguntarse si en ellos, más que una subjetividad andrógina, que tendría obviamente un poder más desestabilizador, no se construye más bien un uniforme de la clase social vivenciada o anhelada.

El cambio no se da *per se* tampoco en los jóvenes de otras clases sociales. Dentro de las galladas de gamines la objetivación de los cuerpos llega al extremo del "redoblón": la violación colectiva de una menor y excepcionalmente de un menor, para concederle el estatus de ser integrante del grupo.

En algunos grupos de sectores populares un sentido firmemente arraigado de la posesión de los cuerpos, especialmente los femeninos, está en la base de la legitimidad del recurso a la violencia, sea para enfrentar a otros que aspiran también a poseerlos, sea para agredirlos y hasta matarlos en defensa del deshonor. En los parches delictivos, puesto que no todos los parches lo son, y en las pandillas²⁰ en particular, el estatus femenino no se logra a partir de una reivindicación de características culturalmente "femeninas", como afectividad, sensibilidad, ternura y cuidado, sino del agenciamiento de "masculinas" como valentía, riesgo y, especialmente, el ejercicio de la violencia. Así, en la constitución de liderazgos hombre y mujer están obligados por igual a "ser un probón", actuado en masculino.

En las tribus urbanas²¹, caracterizadas por un sentido gregario y por el sentido identificador-más que

19 Pascal Bruckner & Alain Finkielkraut, *El Nuevo desorden amoroso*, 4ª Ed., Barcelona, Editorial Anagrama, 1989 [1977].

20 Carlos Iván García, *"En algún lugar parcharemos": normas de interacción y valores de los parches de la localidad 11 de Santa Fe de Bogotá*, Bogotá, Observatorio de Cultura Urbana-TM Editores, 1998.

21 Pere-Oriol Costa, José Manuel Pérez Tornero y Fabio Tropea, *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Barcelona, Paidós, 1996.

identitario- cohesivo de las indumentarias y las estéticas, especialmente las músicas, como por ejemplo en grupos raperos, metaleros, skinheads y en las barras bravas, sólo los hombres se hacen visibles, no sólo porque las mujeres participan menos en tales grupos, sino porque cuando lo hacen su acción está subordinada ostensiblemente a las lógicas masculinas de relación.

Los tránsitos: metáforas emergentes

Esto ilustra la dificultad de asignar los cambios a *priori* a los jóvenes o a cualesquiera otros sujetos. Tal vez sea más adecuado seguir la pista de los procesos que tensionan en mayor manera a los cuerpos hacia el cambio. En ese sentido, la sexualidad femenina ha venido constituyéndose en metáfora de la alteridad radical frente a un paradigma hegemónico instaurado como la cuota de sacrificio para garantizar la normalidad sexual, como escudo contra la perversión y código regulador del deseo, mediante el ejercicio de un modelo mecánico y rutinario que anuncia el camino a una felicidad inocua: la de los idénticos; sólo que en la ecuación, los dos términos no obtienen la misma valoración ni el mismo estatus social. Tal metáfora convoca a la movilidad situacional de las relaciones de subordinación, al eterno nomadismo que se goza la ocupación de territorios y perspectivas amorosas siempre nuevos y "la discontinuidad libidinal"²² como formas de neutralizar cualquier pretensión hegemónica; en otras palabras, es una invitación a la liquidación del imperio genital.

Tanto Foucault como Octavio Paz²³ llaman la atención sobre la pobreza con la cual nuestra cultura ha cultivado la eroticidad: no es un saber que circule con facilidad entre nosotros; de hecho carecemos de estrategias expresivas, como no sea por la poesía -trinchera antilogocéntrica-, para permitir que la sensibilidad se exprese.

La metáfora de lo totalmente otro permite poner bajo sospecha la metáfora utilitaria que viene rigiendo nuestra sexualidad: la biologización de la sexualidad humana, particularmente de la masculina, con la cual por otro lado se modela el juego de los idénticos, es un modo metafórico invertido que mantiene el control sobre la sexualidad, invocando leyes naturales. Impide la metaforización efectiva de la sexualidad, que dé paso a la búsqueda de múltiples y nuevos territorios. Funcional

22 Bruckner & Fienkelkraut, *El nuevo desorden amoroso*, pág. 345.

23 Octavio Paz, *La llama doble*, Madrid, Seix Barral, 1993.

porque regula y controla el deseo como lo que se debe eliminar.

Las búsquedas femeninas y en muchos casos el encuentro, en el terreno de la diferencia, de lo totalmente otro, transforma radicalmente la concepción de la pareja humana: lo múltiple y lo diverso pugnan por imponer una lógica del no lugar.

Al final, habría que insistir en que los tránsitos no están dados por unos sujetos concretos y encarnados, sino por las búsquedas que en el terreno de las identidades sexuales y de género están siendo protagonizadas por ellos en la sociedad colombiana, sin desdeñar, desde luego, los tamices ya señalados. Los tránsitos por ahora más visibles son:

-El cuerpo significado: con los colores y estilos sorprendidos de los cortes de pelo, con la expansión del tatuaje y del piercing, el cuerpo es cada vez más explícitamente un portador de significado, función antes exclusiva de la indumentaria.

-El cuerpo virtual: mediante los chats es posible desmaterializar el cuerpo, transformar la edad, el género y la preferencia sexual, entre otros aspectos, para constituir una identidad virtual en la interacción con otros. Mediante el sexo cibernético, que según expertos constituyen el 80% de la información buscada en el Internet, es posible desasirse materialmente de los sujetos de deseo y expandir al infinito los fetiches informáticos.

-La centralidad del placer: el placer cada vez más deja de ser vergonzante para afianzarse como motor esencial de la subjetividad, hace mucho ya independiente de la procreación y cuestionando en forma creciente sus amarras exclusivas con el amor.

-El erotismo femenino: en conexión con lo anterior, se vislumbra una liberación femenina de la maternidad como sino, bajo la forma del "instinto", para pasar a constituirse en sujeto erótico de pleno derecho.

-La nueva masculinidad: muchos hombres no se sienten a gusto con el rol de duros, proveedores, maltratantes, polígamos, etc., que les ha sido demandado y quieren vivenciar una masculinidad humana y sensible consigo mismos y con los demás. Este devenir es complejo en cuanto deconstrucción-construcción.

-La erosión del falocentrismo: los hombres requieren abandonar el analfabetismo erótico que ha traído consigo la obsesión por lo penetrativo, y la confusión entre genitalidad y erotismo, y eyaculación y orgasmo.

-El derecho a la paternidad: la opción de paternar se reclama cada vez más no como una "colaboración" a la responsabilidad exclusiva femenina de la crianza, sino como un gozo posible y necesario en la constitución de los sujetos.

-La eclosión de las identidades: la matriz heterosexual ha sido minada por un cierto debilitamiento de la tensión social frente a identidades alternas como la homosexualidad y la bisexualidad. Cuando las identidades alternas se resuelven, empero, en la conformación de parejas correspondientes de dominio y sumisión, de provisión y de cuidado doméstico, de iniciativa sexual y de pasivización, se puede estar reforzando el patrón heterosexual esencial sólo que entre sexos biológicos no opuestos.

-La opción de no identificarse: en contravía del modelo de las identidades sexuales fijas: heterosexual, homosexual e incluso bisexual, comienza a emerger como expresión autonómica el derecho a no tener que identificarse.

El nomadismo que parece caracterizar al género en las metáforas emergentes abre la compuerta a la expresión de otros géneros, no realmente nuevos, pero sí invisibilizados y patologizados por el paradigma hegemónico de la heterosexualidad: la civilización parece estar asistiendo a la instauración de la proliferación de los géneros en tanto que sujetos incardinados: asistimos a la fractura de la correspondencia entre unas marcas o datos biológicos binarios con las identidades y posiciones de sujeto que se construyen a partir de múltiples agenciamientos posibles.

No obstante lo anterior, es imposible dejar de lado el control económico de la subjetividad y el potencial retroceso que entraña su ejercicio de poder. En efecto, no sólo el creciente desempleo, la feminización de la pobreza y la carga que implica la doble jornada para los sujetos que asumen el reto de autogestionarse por fuera de las relaciones de pareja, sino la correspondencia entre el modelo hegemónico y mecánico de la sexualidad falocéntrica con el modelo de productividad económica que apropia toda la energía disponible del sujeto, amenazan la consolidación de las transiciones anunciadas, cuyo destino seguramente dependerá de las redes de soporte social y contención del poderío económico que logren constituirse como contextos narrativos específicos y de la legitimidad que los no lugares alcancen a través de ellos. Asunto paradójico, ya que todo intento de construcción de redes comporta el riesgo de una hipostasiación del esencialismo de los géneros o de asaltar el centro en los juegos de poder de los paradigmas.

"...y la carga que implica la doble jornada para los sujetos que asumen el reto de autogestionarse por fuera de las relaciones de pareja..."